

# DOS TIPOS DE INSTITUCIONES IMAGINARIAS SOCIALES: LA LIBERTAD POLÍTICA Y LA CIUDADANÍA

---

María Eugenia Cisneros Araujo\*

**RESUMEN** Este ensayo se propone mostrar que la ciudadanía y la libertad política son formas reales instituyentes que crean los individuos junto con el colectivo mediante sus acciones, para vivir en autonomía social como un modo que se *hace haciendo*. Para ello, me apoyaré en la tesis de Cornelius Castoriadis sobre la institución imaginaria de la sociedad. En primer lugar, se hará referencia a la institución instituida, instituyente e individuo. En segundo lugar, se expondrá el paso de lo imaginario instituido a lo imaginario instituyente para dar cuenta de la construcción del ciudadano y la libertad política como formas institucionales efectivas instituyentes.

**ABSTRACT** This essay intends to show that citizenship and political freedom are real instituting forms, created by individuals along with the collective through their actions to live in social autonomy as a way that is done by doing. With this in mind, I will rely on Cornelius Castoriadis's thesis on the imaginary institution of society. First, we will refer to the instituted institution, instituting and individual. Secondly, we will expose the transition from the instituted imaginary to the instituting imaginary to account for the construction of the citizen and the political freedom as effective institutional instituting forms.

---

\*Universidad Central de Venezuela, Venezuela.

## PALABRAS CLAVE

Individuo, ciudadano, institución instituida, institución instituyente, autonomía

## KEYWORDS

Individual, citizen, established institution, instituting institution, autonomy

---

La relación del individuo con la sociedad se da como producto de lo imaginario instituido o de lo imaginario instituyente. Si proviene de lo imaginario instituido, entonces la imaginación está inactiva, y el vínculo responde a una continua repetición de lo establecido, con lo cual se detiene el proceso de construcción hacia la ciudadanía. Si el vínculo nace de lo imaginario instituyente, entonces la imaginación está activa y en libre ejercicio creativo y la ciudadanía se encuentra en pleno desarrollo. Castoriadis enfatiza que lo instituido y lo instituyente se acompañan; ante esto, sólo corresponde a los individuos y al colectivo decidir en cuál de los dos desean vivir. Esta encrucijada estimula que se produzca la autonomía individual y colectiva para construir la ciudadanía y la libertad política. Cada vez que los individuos socializados por lo imaginario instituido actúen para generar imaginario instituyente surgirá la autonomía y con ello la ciudadanía y la libertad política. Dicho de otro modo, la puesta en práctica de la imaginación radical en la escena de lo imaginario instituido con objeto de alterar lo existente para crear un otro inédito constituye el ejercicio fundamental para la creación permanente de la libertad política y de ser ciudadanos libres. En el individuo, la autonomía es autocreación; en la sociedad, la autonomía es autogestión creativa. La autocreación y la autogestión creativa producen lo imaginario instituyente cuando se mantienen en una cooperación activa, y en esto consiste la construcción de la ciudadanía y la libertad política como formas efectivas de instituciones instituyentes. Se trata de la autonomía individual-autocuestionamiento y la autonomía social-crítica a las instituciones, que aparece en lo imaginario mediante la acción humana. Por consiguiente, ser ciudadano proviene de una construcción cooperativa entre los individuos y el colectivo, mediante acciones sociales que tiendan al ejercicio de la libertad y de la autonomía para construir ciudadanos y ciudadanía.

Para el filósofo grecofrancés, la institución instituyente imaginaria de la sociedad es la democracia directa, el campo donde la sociedad se da sus propias leyes, el colectivo participa de las decisiones de lo público y tiene conciencia para saber autolimitarse. Éste es el espacio propio de la ciudadanía y la libertad política como formas efectivas institucionales instituyentes.

Las sociedades actuales deberían dirigirse a encontrar la forma de establecer esta práctica en su modo de organización social. Ello no se ha logrado, porque los individuos y el colectivo están presos de la apatía, la indiferencia; no les interesa lo público, asumir la responsabilidad de ser ciudadanos y libres; los que están a cargo del poder, no velan por el bien colectivo, sino por el personal e individual. Urge que se active la imaginación radical de los individuos y el colectivo para encaminarse hacia lo imaginario instituyente en la búsqueda concreta de la construcción de la ciudadanía y la libertad política, como formas efectivas de instituciones instituyentes. Mientras ello no ocurra, los individuos y el colectivo continuarán alimentando lo imaginario instituido y cada vez se distanciarán más de ser libres. Mantenerse en lo sociohistórico instituido implica la incivilización y el servilismo.

Este ensayo se propone mostrar que la ciudadanía y la libertad política son formas reales instituyentes que crean los individuos junto con el colectivo mediante sus acciones para vivir en autonomía social como un modo que se *hace haciendo*. Para ello, me apoyaré en la tesis de Cornelius Castoriadis sobre la institución imaginaria de la sociedad. En primer lugar, este artículo hará referencia a la institución instituida, instituyente e individuo. Allí se explicará que la institución es un ámbito sociohistórico que, en principio, es instituido y puede transformarse en instituyente. Este proceso constituye una actividad que socializa al individuo bajo lo establecido, pero también contribuye a su despertar, en función de la búsqueda de la autonomía individual y colectiva. En segundo lugar, se expondrá el paso de lo imaginario instituido a lo imaginario instituyente para dar cuenta de la construcción del ciudadano y la libertad política como formas institucionales efectivas instituyentes. La creatividad de los individuos junto con el colectivo mediante sus acciones proporcionan las condiciones para erigir la autonomía como un *por hacer* permanente, que requiere ciudadanos cuyas prácticas cotidianas se ejecuten en virtud de la libertad política. Ello requiere asunción de responsabilidad, compromiso de aceptar que es un deber participar en la esfera pública motivada por la voluntad y elección por parte de los individuos y colectivos, de querer ser libres y autónomos socialmente.

### **Institución instituida, instituyente e individuo**

De acuerdo con Castoriadis, la institución histórico-social enseña al individuo, desde su nacimiento, las significaciones imaginarias sociales instituidas. Es decir, la sociedad tiene que ver con individuos ya socializados. Ahora bien, la cuestión está en que, si es una sociedad de la cual la emergencia de significaciones surge a partir de la autocreación y la autoaltera-

ción, será una obra permanente de imaginario instituyente por parte de los individuos, con el colectivo tendiente a la construcción de la ciudadanía y la libertad política. Si, por el contrario, las significaciones provienen de acciones que tienden a perpetuarse a como dé lugar, entonces se produce un imaginario instituido, cerrado, rígido, que impide el ejercicio imaginativo y, por tanto, que los individuos se conviertan en ciudadanos. Esto implica una relación directa entre los individuos, la colectividad y la sociedad como institución, puesto que ésta es una institución que representa las significaciones imaginarias del hacer de los individuos; es decir, la sociedad son los individuos y los individuos son la sociedad. Por consiguiente, la fabricación del ser social dependerá de las acciones que emprendan ellos. Si actúan en función de la creación y autocreación, entonces su construcción se dirige en permanente movimiento a un imaginario instituyente que los consolide como ciudadanos libres. Por el contrario, si sus acciones se limitan a repetir lo aprendido, sin intentar algún cambio o modificación, entonces se dirigen a la destrucción del ser social, por cuanto, al no permitir el desarrollo y los cambios, sino insistir en mantener lo establecido, surgirá un estancamiento y, por lo tanto, no llegarán a ser ciudadanos. Serán individuos serviles e incivilizados.

La sociedad son los individuos y los individuos son la sociedad; este vínculo supone que la sociedad crea individuos y que se construye por la actividad efectiva de quienes tienden a promover la ciudadanía y la libertad política. “La sociedad es obra de lo imaginario instituyente. Los individuos están hechos por, al mismo tiempo que hacen y rehacen, la sociedad cada vez instituida.”<sup>1</sup> Existe un vínculo entre la imaginación radical y lo imaginario histórico-social. Lo imaginario instituido socializa a los individuos y éstos reproducen las significaciones establecidas. Sólo cuando ponen en ejercicio su imaginación radical mediante la acción, pueden penetrar en lo instituido para innovar. Acción difícil de emprender, porque la materialización de ésta lleva consigo la transgresión, lo diferente; exige a los individuos desear otro estilo de vida y ello les impele a inventar. Lamentablemente, para la mayoría es más cómodo conformarse con la socialización impuesta, ser depositarios, reproductores y reforzadores de ella; así conservan y aseguran el papel que la sociedad les ha asignado. Por eso, resulta tan difícil y complejo querer y decidir ser ciudadanos libres, pues ello implica actividad, iniciativa, la voluntad de arrojarse a la vida y abrirse a nuevas experiencias. Los genuinos creadores son excepcionales, porque se atreven a querer ser ciudadanos y, para ello, deben recobrar la libertad y la autonomía. Castoriadis destaca que el modo de ser social depende de las acciones

---

<sup>1</sup>Cornelius Castoriadis, “Poder, política, autonomía”, *Ciudadanos sin brújula*, México, Ediciones Coyoacán, 2005, p. 47.

de los individuos, las cuales pueden ser constructivas o destructivas, y en ambas los artífices son los individuos sociales, como singular que forma parte de un colectivo. En algún momento se hace presente ese instante<sup>2</sup> en que toca a todos y cada uno de los individuos tomar y asumir una decisión: continuar siendo títeres del sistema o empezar a ser creadores de su propio estilo de vida. Ser ciudadanos implica saber que se es individuo, pero que, también como individuo, se forma parte de un colectivo. Ser ciudadano supone trabajar en el crecimiento particular conjuntamente con el social.

En efecto, la manifestación de la autenticidad del individuo producto del diálogo consigo mismo, de la confrontación consigo mismo es una cuestión debatida desde los griegos. Ciertamente, en su diálogo, Sócrates hostiga a sus interlocutores con una serie de preguntas que los lleva a prestarse atención a sí mismos, a examinar su conciencias, a cuidarse a sí mismos, que los lleva al célebre “conócete a ti mismo”. En esta línea, también José Manuel Briceño Guerrero, en su obra *¿Qué es la filosofía?*,<sup>3</sup> afirma que son pocos los auténticos creadores de formas de vida que se atreven a liberar su indeterminación y cuestionar el modelo cultural establecido al que están sometidos. Tales hombres son aquellos a quienes les ha ocurrido “alguna vez, que tenga la tremebunda confrontación consigo mismo y vea, cuando menos el destello fugaz de una intuición momentánea, la contingencia de su absurda existencia, acechada continuamente por todo género de peligros, condenada a dejar de ser, finita”.<sup>4</sup> En las palabras de Briceño, se nota que también enfatiza el “conócete a ti mismo”, al momento en que el individuo comienza a cuestionar su propia existencia, su manera de estar en el mundo, a examinar su vida. Dicho de otro modo, el hombre se atreve a preguntarse ¿cómo vivo?

Ello es lo que hace, según Castoriadis, que el individuo despierte su actividad creativa para construirse un estilo auténtico de vida, lo que implica atreverse a transgredir lo establecido para transformarlo en función de sentirse bien en el mundo, porque es producto de su creación. Se trata de innovar ante la siguiente interrogante: ¿cómo me realizo como individuo en el tiempo que me toca vivir? Se trata de mostrar que los cambios, las transformaciones, transgresiones de lo establecido comienzan desde la existencia, la acción, la imaginación activa, la praxis social, toda vez que los hombres se atreven a cuestionar su existencia para desconstruir el estilo de vida impuesto por lo establecido y autocrear el propio, a partir del ejercicio de nuestra

---

<sup>2</sup> “Una intuición no se demuestra, sino que se experimenta. Y se experimenta multiplicando o incluso modificando las condiciones de su uso.” Gastón Bachelard, *La intuición del instante*, México, Fondo de Cultura Económica, 2000.

<sup>3</sup> José Manuel Briceño Guerrero, *¿Qué es la filosofía?*, Mérida, La Castalia, 2007.

<sup>4</sup> *Ibidem*, p. 12.

propia lucidez, reflexión de nosotros mismos.<sup>5</sup> Ello significa aceptar que la creación de un estilo de vida que nos sea propio obedece a nuestra acción imaginativa y no a la institución instituida. Se trata de una confrontación entre la pseudorrealidad y la realidad, que nos obliga a la toma de una decisión existencial: atrevernos a ser nosotros mismos.<sup>6</sup> Una decisión dolorosa, que comporta riesgos, consecuencias, pérdidas, separaciones, algunas veces soledad, porque estamos en la vida tal como hemos decidido ser y estar. Por ello, son muy pocos los auténticos creadores de su propio estilo de vida.<sup>7</sup>

Castoriadis se encuentra en esta línea. Se refiere a que, si bien la sociedad socializa, sólo los individuos pueden sustituir esa socialización, inventar otra donde el ejercicio de la libertad sea la significación central que guía las acciones de éstos en la construcción de la institución imaginaria de la sociedad. La idea de Castoriadis consiste en destacar que sólo en el campo de la praxis, en el *hacer haciendo*, en el emprendimiento de acciones, los individuos intervienen de modo efectivo en lo establecido para transformarlo en otro.<sup>8</sup> Sólo a partir de la acción los individuos y el colectivo construyen la ciudadanía y la libertad política como formas reales institucionales instituyentes.

A partir de la psique, la sociedad instituida hace cada vez individuos quienes, como tales, ya sólo pueden hacer la sociedad que los ha hecho. Sólo por esto, la imaginación radical de la psique llega a transpirar a través de los estratos sucesivos de la coraza social que es el individuo que la recubre y la penetra hasta un punto límite insondable, sólo por esto hay acción en respuesta del ser humano singular sobre la sociedad. Hagamos notar, anticipadamente,

<sup>5</sup> Pierre Hadot, *Ejercicios espirituales y filosofía antigua*, Madrid, Siruela, 2006. Hadot destaca la importancia del arte de vivir, esto es, la construcción de la vida a partir de la existencia. Se trata de que el hombre decida comprometerse con su existencia como un arte de vivir; vivir responsable y libremente.

<sup>6</sup> Michel Onfray destaca el arte de vivir, en la estética de la existencia, en la relación consciente con la cotidianidad que lleva a los hombres a cuestionar su propia vida. De este autor, *vid.*, entre otras obras, *Antimanual de filosofía*, Madrid, Edaf, 2005; *Cinismos. Retrato de los filósofos llamados perros*, Buenos Aires, Paidós, 2004; *La fuerza de existir. Manifiesto hedonista*. Barcelona, Anagrama, 2008; *Las sabidurías de la antigüedad. Contrahistoria de la filosofía I*. Barcelona, Anagrama, 2007.

<sup>7</sup> *Vid.* María Elena Cisneros Araujo, *Los cínicos: el arte de vivir en libertad* [en línea], disponible en <http://www.filosofiaclinicaucv.blogspot.com>. David de los Reyes, *Estética y filosofía o el arte de vivir* [en línea], disponible en <http://www.filosofiaclinicaucv.blogspot.com>.

<sup>8</sup> “La autotransformación de la sociedad sólo es posible si existen individuos que aspiren a esa transformación de la sociedad y puedan llevarlo a cabo.” C. Castoriadis, “Naturaleza y valor de la igualdad”, *Los dominios del hombre. Las encrucijadas del laberinto*, Barcelona, Gedisa, 1998, p. 133.

que tal acción es rarísima y en todo caso imperceptible en la casi totalidad de las sociedades, donde reina la heteronomía instituida, y donde, aparte del abanico de papeles sociales predefinidos, las únicas vías de manifestación reconocible de la psique singular son la transgresión y la patología.<sup>9</sup>

De esa manera, los individuos pueden crear una institución imaginaria de la sociedad que esté al servicio del bien de ellos y contribuya a estimular el ejercicio de la libertad, autonomía, imaginación y ciudadanía o, por el contrario, puedan crear un modo social donde los individuos sirven a la institución y, por tanto, son serviles, apáticos, pasivos e incivilizados. Tal institución marcará los lineamientos para su perpetuación, con lo cual impedirá cualquier acción creativa por parte de los individuos. Finalmente, quienes forjan las significaciones bajo las cuales se pondrá al servicio de la sociedad son los individuos; ellos organizan la sociedad, eligiendo la forma de una multiplicidad de modos. Los individuos dan sentido a las significaciones imaginarias de la institución social creada.

Para Castoriadis, la validez efectiva de lo imaginario establecido está asegurada por la socialización del individuo. En este sentido, la socialización es un poder que ejerce lo imaginario instituido sobre los individuos que produce. Pero, según el mencionado autor, detrás de ese poder, oculto, se encuentra el magma imaginativo radical, que toma sus variables de lo establecido para manifestarse como transformación de ello. El poder que ejerce la institución sobre los individuos mediante la socialización no es absoluto, porque de ser así, no habría historia. La praxis social demuestra que hay pluralidad de sociedades diferentes, hay historia, hay transformación.

Castoriadis acepta que existe lo establecido, que lo instituido ofrece formas para que la vida humana sea posible y trata de perpetuarse en ellas. Pero lo establecido no es un absoluto, porque junto a éste se encuentra la alteridad, el riesgo inminente de la manifestación del cambio de lo dado. En otras palabras, por más que la institución muestre lo establecido como único, universal, estático, lo cierto es que no es así, porque junto a lo dado se encuentra lo no dado, lo que emerge cuando menos se lo espera.

La organización conjuntista-identitaria “en sí” del mundo no sólo es suficientemente estable y “sistemática” en su primer estrato para permitir la vida humana en sociedad, sino también suficientemente lagunar e incompleta para llevar un número indefinido de creaciones social-históricas de significaciones. Los dos aspectos remiten a dimensiones ontológicas del mundo en sí, que ninguna subjetividad transcendental, ningún lenguaje, ninguna

---

<sup>9</sup> C. Castoriadis, “Poder, política, autonomía”, pp. 47 y 48.

pragmática de la comunicación, podrían hacer ser. Pero también el mundo, en tanto que “mundo pre-social” —límite del pensamiento—, aunque no “signifique” nada en sí mismo, está siempre ahí, como provisión inexhaustible de alteridad, como riesgo siempre inminente de desgarramiento del tejido de significaciones con el que lo ha revestido la sociedad.<sup>10</sup>

Se podría creer en principio que la relación de los individuos con el colectivo y la institución sólo responde a un círculo de formación que no tiene salida, puesto que la sociedad como institución histórica imaginaria establecida socializa a los individuos y los fabrica a su conveniencia; ellos simultáneamente reproducen este esquema, porque lo aprenden, de forma tal que desarrollan los nutrientes tendientes a la permanencia, que fortalecen el vínculo entre los individuos y lo establecido.

No es así. Este círculo se rompe cuando la imaginación radical como potencia creativa se manifiesta como alteridad alteración. La imaginación radical se caracteriza porque es indomable, indócil. La socialización primaria no la somete completamente, no apaga la luz; la opaca, sí, como los eclipses de sol o luna. La cuestión es la siguiente: sólo la rebeldía nos redime.<sup>11</sup>

Lo instituido va acompañado por lo instituyente, espacio que puede minimizar pero no eliminar. Este terreno, en cualquier momento, se presenta para producir alteridad, así como las catástrofes naturales suceden sin que se las esperen. La potencia de la transgresión, de la imaginación, es latente, y no hay socialización que la pueda dominar por completo. Allí radica el desarrollo constructivo o el retroceso destructivo de la sociedad.

La socialización que emprende la institución instituida sobre los individuos no es absoluta, porque siempre queda un espacio donde reina lo oculto, el misterio, lo desconocido, que también es consustancial al hombre, es latente y en cualquier momento fluye como un magma de significaciones imaginarias que transforma la socialización establecida por otra. Entonces, el peligro radica en que no ocurra la ruptura de este círculo de formación. Es necesario que el círculo se rompa para dar lugar a la alteridad-alteración, para que pueda surgir lo novedoso, para que los individuos postulen otros escenarios de vida en los que puedan ejercer su ciudadanía y libertad. Y dependerá de los individuos hacer o no esta ruptura.

Ese quiebre comienza en la cotidianidad, a partir del hacer más sencillo o simple como la actitud en tomar un café, el manejo del tiempo,

<sup>10</sup>*Ibidem*, p. 53.

<sup>11</sup> “Recuerda [...] lo único que nos redime es nuestra rebeldía”. Mark Rowlands, *El filósofo y el lobo. Lecciones sobre el amor y la felicidad. Una historia real*, Barcelona, Seix Barral, 2009, p. 282.

la relación con la pareja, aprender a disfrutar e incluir el ocio, asumir la responsabilidad de la vida, autocuestionarse, acudir a terapia para trabajar seriamente en insatisfacciones o problemas personales, de existencia, de relación con el entorno, de la madre, reflexionar sobre la cotidianidad, permitirse aprender a compartir, asumir posición respecto al hecho cierto de la muerte, la existencia de la enfermedad, del dolor, de la separación, del amor, la soledad.

Entonces, para Castoriadis, aunque la sociedad fabrique individuos, siempre brotará la imaginación radical para desmontar esa socialización y construir una propia donde las significaciones clave sean la autonomía y la libertad para la creación de la ciudadanía y la libertad política.

La sociedad fabrica a los individuos a partir de una materia prima, la psique. ¿Qué hay que admirar más, la plasticidad casi total de la psique con respecto a la formación social que la sujeta o su capacidad invencible de preservar su núcleo monádico y su imaginación radical, poniendo con esto en jaque, por lo menos parcialmente, la escolaridad soportada perpetuamente? Sea cual sea la rigidez o la impermeabilidad del tipo de individuo en el que se ha transformado, el ser propio e irreductible de la psique singular se manifiesta siempre —como sueño, enfermedad “psíquica”, transgresión, litigio o tendencia a la querrela—, pero también como contribución singular —pocas veces asignable, en la sociedad tradicional— a la hiperlenta alteración de los modos del hacer y del representar sociales.<sup>12</sup>

Para Castoriadis, lo imaginario social instituido va acompañado de lo imaginario social instituyente, puesto que debajo de lo establecido está el magma de significaciones que en cualquier momento brota para transformar, modificar lo instituido. De acuerdo con esta idea, por más que una forma social haga todo lo posible por mantener y perpetuar el sistema formado, siempre se encontrará con la emergencia de significaciones distintas que se interpondrán en la tendencia de quedarse para alterar. Y, por más que la institución establecida luche por quedarse, no podrá con el magma instituyente que brota de sus propias debilidades. Así, se tiene la siguiente situación: cuando la institución establecida se ve amenazada por cambios inminentes, hará todo lo posible por impedir todo aquello que la pone en peligro, tratando de mantener el orden social. Sin embargo, por más que lo impida, los cambios que provienen de la manifestación de un magma casi siempre son imposibles de detener. Lo fundamental de ellos es que tengan como bandera que el futuro es un porvenir *por hacerse*, que ese hacerse corresponde al colectivo y a cada uno de los individuos con sus acciones y su

<sup>12</sup> C. Castoriadis, “Poder, política, autonomía”, p. 53.

decir. Esta bandera es el empuje de lo instituyente, de la construcción ciudadana y de la libertad política.

En ese sentido, lo instituyente introduce en lo establecido algo nuevo que en principio es una especie de desorden ante el orden social instituido; esto obliga a la institución establecida a tomar decisiones en cuanto a lo que debe o no hacer respecto de la emergencia de significaciones distintas que surgen, producto de la praxis social. En general, éste es el origen de la discordia entre la institución instituida y la instituyente. “Sólo en el estrépito del derrumbe del edificio de las significaciones instituidas la voz de las armas puede comenzar a oírse. Y, para que la violencia pueda intervenir, es necesario que la palabra —la conminación del poder existente— siga teniendo su poder sobre los grupos armados.”<sup>13</sup>

En una sociedad siempre existe una institución establecida que, por todos los medios, trata de convertir a los sujetos en autómatas mediante la socialización, haciendo que los individuos interioricen el orden dado, se acoplen, se adapten, sean serviles e incivilizados. A pesar de ello, bajo lo instituido está lo instituyente latente, como una espada de Damocles; tarde o temprano emerge de la sombra para abrir lo cerrado, mostrar nuevos caminos. Entonces los individuos recuerdan que no nacieron para ser serviles, sino para ser libres; comienzan a luchar por su autonomía y libertad para constituirse en ciudadanos. El derecho a emprender nuevos caminos, a pensar por sí mismos, a cuestionar, a interrogarse, a reflexionar, a ser ciudadanos libres.

El modo de sociedad específico de organización que viene de la modernidad se caracteriza por que el Estado fundamentado en el derecho positivo encarna la institución instituida. En el tiempo, esta forma se ha valido de un aparato burocrático, una organización jerárquica, con competencias definidas que resaltan estas significaciones para concentrar el poder y fabricar individuos controlados por la burocracia para un rápido ajuste al sistema, garantizando su continuidad; convierte a los individuos en marionetas, sin capacidad de cuestionar lo establecido o a sí mismos, cercena su potencialidad imaginativa para construir otra forma social donde impere la autonomía y la libertad, haciendo que se conforme con la apariencia de este modo social, y no permite que el individuo se transforme en ciudadano mediante el ejercicio imaginativo. “La denegación de la dimensión instituyente de la sociedad, el recubrimiento de lo imaginario instituyente por lo imaginario instituido, va a la par de la creación de individuos absolutamente conformes, que se viven y se piensan en la repetición (hagan lo que hagan, por otro lado —y hacen muy poco), cuya imaginación radi-

---

<sup>13</sup>*Ibidem*, p. 56.

cal es refrenada tanto como se puede y que casi no están verdaderamente individualizados.”<sup>14</sup>

La cuestión radica en la forma social que crean los individuos en el origen de la creación. Ésta puede surgir a partir de la reflexión, del cuestionamiento o a partir de profetas o libros sagrados. Si la sociedad responde a creencias y la fe, entonces los individuos construyen instituciones sagradas que impiden la conformación de ciudadanos, porque están ateniados a un dogma (lo que se considere sagrado e incuestionable). Si la sociedad se organiza en torno de la discusión, la crítica, el cuestionamiento permanente de las significaciones sociales que emergen de la sociedad, entonces los individuos fabrican instituciones democráticas y ciudadanos libres. La discusión, la crítica acerca de lo público no es cuestión sólo de políticos, sacerdotes, militares. El ejercicio del pensamiento es atinente a todos y cada uno de los individuos que deciden construir un espacio público para el bien de todos. La base de la construcción se centra en la reflexión, en la crítica, en las interrogantes. Es vital para el desarrollo de los individuos mantener el espacio de poder cuestionar lo establecido para poder dar entrada a nuevas relaciones inéditas y al surgimiento de otras instituciones. En definitiva, la institución de la sociedad es obra de todos y cada uno de los individuos, y mediante sus prácticas de vidas se construyen la ciudadanía y la libertad política.

No hay omnipotencia de los estados instituidos. Su potencia no es más que la otra cara de la creencia de la gente en esta potencia [...] Todo depende del deseo y de la capacidad de los hombres y de las mujeres para cambiar su existencia social, para aceptar que son responsables de su destino, para asumir plenamente esta responsabilidad [...] Se trata de recordar a los hombres esta verdad elemental que conocen bien pero que olvidan regularmente cuando se trata de los asuntos políticos: nunca, ni la expansión de la economía capi-

---

<sup>14</sup>*Ibidem*, p. 64. “Es necesario, pues, que esta imaginación radical de los seres humanos sea dominada, canalizada, regulada y convertida en apta para la vida en sociedad y también para lo que llamamos realidad. Eso se lleva a cabo mediante su socialización, en el curso de la cual absorben la institución de la sociedad y sus significaciones, las interiorizan, aprenden el lenguaje, la categorización de las cosas, lo que es justo e injusto, lo que se puede hacer y lo que no se debe hacer, lo que hay que adorar y lo que hay que odiar. Cuando esta socialización opera, la imaginación radical, hasta cierto punto, se encuentra ahogada en sus manifestaciones más importantes y su expresión adquiere un carácter de conformidad y de repetición. En estas condiciones, la sociedad en su conjunto es heterónoma. Pero los individuos mismos son heterónomos, ya que juzgan aparentemente según criterios propios, cuando en realidad sus juicios tienen un criterio social.” C. Castoriadis, “Imaginario e imaginación en la encrucijada”, *Figuras de lo pensable*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2001, p. 97.

talista, ni el gobierno, ni las leyes de la historia, ni el Partido, trabajan para ellos. Su destino será lo que ellos quieran y puedan hacer.<sup>15</sup>

Siendo esto así, el punto a considerar es que el vínculo de los individuos con el colectivo y la institución desde lo imaginario es atinente en ambos sentidos, puesto que a los individuos corresponde estar vigilantes de que la institución cumpla los fines para los cuales se ha creado. Simultáneamente, la sociedad debe cumplir sus obligaciones respecto de los individuos y la colectividad. Este vínculo se deteriora cuando la institución deja de cumplir sus deberes, de servir a la sociedad, de fomentar el bien común. De forma paralela, los individuos dejan de preocuparse por las situaciones sociales, se vuelven apáticos e irresponsables en cuanto a su autoría en la construcción del modo social, dejan de ser ciudadanos. En otras palabras, lo imaginario instituido, lo imaginario instituyente y la imaginación radical de los individuos entran en crisis, porque todas las partes abandonan las tareas que les corresponde cumplir, y quedan a la deriva. Las interrogantes que surgen son: ¿Y por qué entra en crisis? ¿Por qué hay momentos en que la potencia creadora se desvanece y otros en los que aparece con la fuerza de un magma? Algo sucede en la experiencia humana, en la praxis cotidiana de los individuos que los impulsa a la pasividad, a la apatía; y en otros momentos, a la actividad, a la acción, al cambio. La cuestión se centra en la existencia cotidiana del vivir. Allí se genera una crisis de la sociedad como institución, de las significaciones imaginarias y de la existencia de los individuos. Se produce una situación en la que las significaciones imaginarias establecidas ya no tienen sentido para los individuos, y a pesar de ello, éstos no generan nuevas significaciones. La pérdida de sentido se representa en la apatía, el conformismo, la repetición, la irresponsabilidad, el consumo, la pérdida del deseo de querer ser libre, la imaginación y lo imaginario están inactivos. Las significaciones sociales que encarnan este imaginario no responden a la creación que envuelve el hacer del ser social, sino se vuelven un amasijo de repeticiones sobre sí mismas. Este imaginario se representa en lo colectivo, toda vez que las distintas actividades que emprenden los individuos no son innovadoras. Así se puede apreciar en lo político, donde la imaginación y lo imaginario están agotados y se manifiesta en la necesidad urgente de construir ciudadanía y libertad. Hay una decadencia del movimiento obrero, de la corriente democrática; la esterilidad y la repetición de los discursos políticos tanto de derecha como de izquierda, a tal punto que no se sabe en qué se diferencian.<sup>16</sup>

<sup>15</sup> C. Castoriadis, "Si es posible crear una nueva forma de sociedad", *Una sociedad a la deriva. Entrevistas y debates (1974-1997)*, Buenos Aires, Katz, 2006, p. 166.

<sup>16</sup> *Ibidem*, p. 105.

Cuando la imaginación y lo imaginario, en vez de producir novedades, reproducen lo establecido reiteradamente, entonces se establece la socialización como heteronomía, es decir, los individuos piensan y actúan acoplados a la institución instituida, no cuestionan, no reflexionan, la socialización se encarga de aniquilar cualquier impulso hacia la autonomía y por consiguiente no hay ciudadanos ni libertad. Lo que existe son individuos serviles e incivilizados.

### **Imaginario instituido e imaginario instituyente: la construcción del ciudadano y la libertad política**

Para Castoriadis, la autonomía es una apertura que se da el individuo socializado para modificar la heteronomía de la cual es producto. Esto significa que el individuo tiene que “alterar el sistema de conocimiento y de organización ya existente; significa pues constituir su propio mundo según otras leyes y, por lo tanto, significa crear un nuevo *eidos* ontológico, otro sí-mismo diferente en otro mundo”.<sup>17</sup> La autonomía es una actividad personal del individuo que implica cambiar su fabricación originaria por otra que él mismo crea que responde a su propia reflexión y deliberación.<sup>18</sup> Siendo los individuos sociales, la creación particular de la autonomía también tiene efectos en la sociedad, toda vez que los individuos que se encuentran en este proceso comienzan a cuestionar a las instituciones, a las significaciones establecidas y a sí mismos.<sup>19</sup> Como ya se dijo, son pocos los individuos que deciden procurarse su autonomía. Desde esta perspectiva, la conformación de la ciudadanía y la libertad política comienza con la propia transformación del individuo. En la medida que cada individuo comience a cuestionar y a discutir la forma social establecida, en esa medida se abre paso a la construcción de la ciudadanía y la libertad política.

<sup>17</sup> C. Castoriadis, “La lógica de los magmas y la cuestión de la autonomía”, *Los Dominios del hombre...* p. 212.

<sup>18</sup> “¿Qué significa autonomía? *Autós*, “sí mismo”; *nómos*, “ley”. Es autónomo aquel que se otorga a sí mismo sus propias leyes. (No aquel que hace lo que se le ocurre, sino quien se proporcione leyes.) Ahora bien, esto es tremendamente difícil. Para un individuo, proporcionarse a sí mismo su ley, en campos en los cuales esto es posible, exige poder atreverse a enfrentar la totalidad de las convenciones, las creencias, la moda, los científicos que siguen sosteniendo concepciones absurdas, los medios de comunicación masiva, el silencio público.” C. Castoriadis, “Institución primera e instituciones segundas, *Figuras de lo pensable, Las encrucijadas del laberinto VI*. Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2001, p. 118.

<sup>19</sup> “La potencia en acto de la posibilidad de creación propia, fruto de la emergencia pulsional, es la condición de toda autonomía”. Raymundo Mier, “Castoriadis, la historia como creación: lo imaginario, la significación y el dominio pulsional”, *Fragments del caos. Filosofía, sujeto y sociedad en Cornelius Castoriadis*. Buenos Aires, Biblos, Universidad Veracruzana, Instituto de Filosofía, 2008, p. 97.

La autonomía consiste en un movimiento permanente de cuestionar, reflexionar, poner en tela de juicio lo establecido, lo dado, un movimiento que se centra en la vinculación de la imaginación y lo imaginario. Por consiguiente, la ciudadanía y la libertad política se hacen presentes en todo espacio donde se generen estas condiciones.

Se puede concebir como una ruptura, como una creación ontológica, la aparición de sociedades que ponen en tela de juicio sus propias instituciones y significaciones —su organización en el sentido profundo del término—, en las que las ideas como “nuestros dioses son quizá falsos dioses”, “nuestras leyes son quizá injustas”, no sólo dejan de ser inconcebibles e impronunciables, sino que se convierten en fermento activo de una autoalteración de la sociedad [...] Sociedades que se cuestionan a sí mismas quiere decir concretamente individuos capaces de poner en tela de juicio las leyes existentes, y la aparición de individuos tales sólo es posible si se produce al mismo tiempo un cambio en el nivel de la institución global de la sociedad.<sup>20</sup>

La potencia creadora manifestada como acciones autónomas estará presente siempre que todos y cada uno de los individuos reflexione, delibere, interrogue, cuestione, analice, pregunte, desee cambios, movimientos, flexibilidad, apertura del horizonte de vida, expandir sus posibilidades fundamentales humanas como artífice de fabricar lo novedoso, que asuma la responsabilidad de que es un individuo social que se desarrolla en la colectividad y se atreva a hacer, no se queda en un mero discurso vacío de palabras. Le toca forjar la relación social, el vínculo con todos y cada uno de los individuos, crear ciudadanía y la libertad política. Romper con lo establecido, no aceptar ningún tipo de dominación ni control ni imposición es el comienzo de crear una forma social autónoma, ciudadana y libre.

En este sentido, Marco A. Jiménez, explica lo siguiente:

Si el deseo es sometido a la razón, a un logos, a una ley, a una estructura, a una divinidad que se me impone, entonces mi deseo es heterónimo; si, por el contrario, se elude la fuerza del inconsciente y me dejo llevar por ella, también soy heterónimo. Ahora, si acepto que hay en mi particular subjetividad y en la colectividad fuerzas caóticas, inconscientes, irreconocibles e irreconciliables que me impulsan junto con el devenir social, el orden simbólico, y asumo que las leyes sociales, las costumbres y los afectos son creaciones con las que puedo o no identificarme, es decir, creaciones individuales y colectivas, pero que en el registro de mis posibilidades confronto afectiva y racionalmente, sin dejar de reconocer las leyes ajenas que se me imponen,

---

<sup>20</sup> C. Castoriadis, “La lógica de los magmas y la cuestión de la autonomía”, p. 213.

pero asumiendo mi libertad de elección en el sentido de autolimitación, en el sentido de significarme imaginariamente en la sociedad y en consecuencia actúo, entonces no cederé en mi deseo, estaré deviniendo autónomo, aunque sólo sea por un momento y con relación a algo.<sup>21</sup>

Del precedente párrafo se desprende que si decido someterme de forma voluntaria a una estructura que se me impone, entonces como individuo en la esfera privada seré heterónomo; como individuo que forma parte del colectivo seré servil e incivilizado. Por el contrario, si me atrevo a practicar el célebre “conócete a ti mismo” socrático, a distanciarme de las imposiciones, a actuar, entonces, como individuo en la esfera privada, comenzaré a autocrear mi autonomía; como individuo parte de la sociedad, participaré en la construcción de la ciudadanía y de la libertad política como formas reales de instituciones instituyentes.

Ahora bien, la autonomía la hacen los individuos en la praxis social cotidiana, porque con las acciones se emprende la autonomía. En este sentido, la autonomía se genera en el campo político, pues este ámbito “no es ni concretización de un Saber absoluto, ni técnica, ni voluntad ciega de no se sabe qué; pertenece a otro campo, el del hacer, y a ese modo específico del hacer que es la *praxis*”.<sup>22</sup> La política es una praxis que tiene como objetivo la organización de la sociedad destacando la autonomía como una significación imaginaria fundamental que implica la transformación social sólo mediante la actividad autónoma de todos y cada uno de los individuos. La política es praxis, porque son todos y cada uno de los individuos quienes la practican con la intersubjetividad de sus acciones para ser ciudadanos.<sup>23</sup>

Para Castoriadis, los individuos, el colectivo y la institución comienzan a construir su autonomía cuando “la población forma sus propios órganos autónomos, cuando entra en actividad para procurarse ella misma sus normas y sus formas de organización”.<sup>24</sup> Según Castoriadis, cuando todos y cada uno de los individuos son capaces de organizar la sociedad como autogestión y autogobierno, entonces puede decirse que comienza

<sup>21</sup> Marco A. Jiménez, “Viaje al fin de la ética y la política: autonomía o insignificancia”, *Fragmentos del Caos...*, p. 125.

<sup>22</sup> C. Castoriadis, *La institución imaginaria de la sociedad. Marxismo y teoría revolucionaria V.I.* Buenos Aires, Tusquets, 2003, p. 129.

<sup>23</sup> “La política [...] esto es, la actividad que apunta a la transformación de las instituciones de la sociedad para adecuarlas a la norma de la autonomía de la colectividad (es decir, de tal manera que nos permita la autoinstitución y el autogobierno explícito reflexivo y deliberado de esa colectividad).” C. Castoriadis, “Individuo, sociedad, racionalidad, historia”, *Agora. Cuaderno de estudios políticos*, núm. 6, 1997, p. 118.

<sup>24</sup> C. Castoriadis, “La lógica de los magmas y la cuestión de la autonomía”, p. 214.

la creación de instituciones autónomas, de la ciudadanía y la libertad política. “La autoorganización y la autogestión sólo tienen sentido si atacan las condiciones instituidas de la heteronomía”.<sup>25</sup> Porque son formas que se dirigen a transformar lo dado con sus significaciones agotadas, para introducir nuevas que regeneren el sentido de las acciones de los individuos en su hacer diario. “La sociedad se hace *autónoma, llega a serlo* desde el momento en que incorpora la idea de que no está en la lógica de la naturaleza, la voluntad de los dioses o la ceguera del destino el hecho de que los límites sociales sean eternos e inmodificables. Cabe intervenir en ellos, mutarlos, pulirlos, actualizarlos, *transformarlos*.”<sup>26</sup>

“Una sociedad que se gestiona, es decir, que se dirige a sí misma [...] una sociedad autogestionada es una sociedad en la que todas las decisiones son tomadas por la colectividad, que a su vez se ve afectada por el objeto de dichas decisiones. Es decir, un sistema en que aquellos que realizan una actividad deciden colectivamente qué han de hacer y cómo hacerlo, dentro de los límites exclusivos que supone la coexistencia con otras unidades colectivas.”<sup>27</sup>

Así, una sociedad que decida autogestionarse requiere individuos sensibilizados, afectados con la organización social que viven, motivados a solucionar por ellos mismos los problemas de esta organización, e inventar la forma de hacerlo. Todos y cada uno de los individuos actúan en función de resolver por ellos mismos los problemas, las necesidades, los deseos a partir de su experiencia; no esperan a los órganos competentes para que lo solucionen. ¿Y por qué? Se dan cuenta que las instituciones no cumplen con su función y esto los lleva a moverse, pues ante el deterioro, lo que se pone en peligro es la supervivencia de los propios individuos y de la colectividad. Entonces, la autogestión surge: 1) cuando los individuos deciden no dejar los problemas fundamentales que les aquejan como colectividad a las instituciones competentes, porque las mismas no están cumpliendo su función; 2) todos y cada uno de los individuos crean la forma de solucionar estos problemas, porque son los afectados en sus actividades cotidianas y conocen a fondo la situación. Todos y cada uno de los individuos comienzan a dirigirse y decidir por ellos mismos a partir de acuerdos, de comunicación, de intercambio de opiniones; se produce una tormenta de ideas para lograr la tarea en común que se han propuesto. Entienden que en esa tarea cada quien debe cumplir la actividad encomendada para lograr el

---

<sup>25</sup> *Ibidem*, p. 215.

<sup>26</sup> Celso Sánchez Capdequí, “Nuevos derroteros sociales: imaginando Europa”, *Fragmentos del caos...*, p. 290.

<sup>27</sup> C. Castoriadis, “Autogestión y jerarquía”, *Escritos políticos*, España, Catarata, 2005, p. 63.

objetivo. La misma colectividad como grupo le da sentido a la actividad de cada individuo al hacerle ver que su hacer tiene sentido en el esfuerzo mancomunado; entonces se genera una cooperación activa entre los que tienen un saber o una competencia en determinado campo y los que pondrán en práctica ese saber.<sup>28</sup> De esa forma, la ciudadanía y la libertad política consisten en un *hacer haciendo*.

Cuando los individuos comienzan a encontrar sus propios caminos para resolver los problemas que le atañen diariamente, empiezan a ser ciudadanos y a ejercer su libertad. Por ello, lo que “define una sociedad autónoma es su actividad de autoinstitución explícita y lúcida, el hecho de que ella misma se da su ley sabiendo lo que hace”.<sup>29</sup> Se trata de una sociedad instituyente a partir de la libertad, la reflexión y la constitución de la ciudadanía. Los individuos comienzan a reflexionar, a autogestionarse, a autoorganizarse, a ser autónomos cuando toman conciencia de los problemas que les afectan; empiezan a buscar soluciones, a unirse con los otros para lograr resolver, pues se dan cuenta que solos, como individualidades no se puede, que se requiere vincularse con los otros, que es necesario actuar como ciudadanos. Se acepta que la institución establecida no cumple con su deber, lo que implica que la sociedad debe promover nuevas instituciones que den respuesta a las situaciones actuales. Se pone de relieve, por contraste, una cotidianidad que es imperativa, una colectividad de individuos, una institución establecida cuyas significaciones están caducas y distanciadas de la realidad efectiva social que viven los individuos. Todo ello, contribuye al despertar de los individuos y la sociedad, a la conciencia de tomar las riendas de su realidad en las manos para hallar nuevas formas de convivencia y soluciones que modifiquen, sustituyan a las que no dan respuestas. Estas acciones generan un proceso de autonomía con tendencia a fortalecerse toda vez que la propia comunidad es garante del mantenimiento de sus logros, de sus iniciativas, en un trabajo permanente de cooperación activa que se preocupa por su cotidianidad: la convivencia, el espacio público. Es asumir la responsabilidad respecto del espacio público, que consiste en la creación abierta de alternativas de convivencia, desarrollo individual y construcción de la ciudadanía. Para Castoriadis:

---

<sup>28</sup> “Si un especialista afirma a partir de su conocimiento especializado que un determinado metal, debido a sus propiedades, es el más indicado para tal pieza o herramienta, no se entiende por qué y en base a qué podría comportar objeciones gratuitas por parte de los obreros. Pero, aun en este caso, una decisión racional exige que los obreros participen —por ejemplo, porque las propiedades del material escogido jueguen un papel fundamental en el montaje de las piezas o de las herramientas—.” *Ibidem*, pp. 70 y 71.

<sup>29</sup> C. Castoriadis, “La lógica de los magmas y la cuestión de la autonomía”, p. 215.

Una sociedad autogestionada [...] es la lógica de la liberación de los hombres y de su desarrollo. La colectividad de los trabajadores puede razonablemente decidir —y en nuestra opinión tendría razones para hacerlo— jornadas de trabajo menos penosas, menos absurdas, más libres [...] para llevar a cabo tales elecciones, absolutamente fundamentales, no hay criterio “científico” u “objetivo” que valga: el único criterio es el juicio de la propia colectividad acerca de sus preferencias, a partir de su experiencia, sus necesidades y sus deseos.

Esto es aplicable a toda sociedad. Ningún criterio “científico” permite a nadie decidir que es preferible para la sociedad disponer el año próximo de más tiempo libre, en lugar de acrecentar el consumo o viceversa, o tener un crecimiento más rápido o menos rápido, etcétera [...] El único criterio que tiene sentido en este campo es lo que los hombres y mujeres que forman la sociedad quieren, y esto sólo ellos mismos pueden decidirlo y nadie más en su lugar.<sup>30</sup>

Para este filósofo, autonomía equivale a individuos libres, sociedad libre. La autonomía consiste, pues, en el movimiento y en la actividad de todos y cada uno de los individuos; es decir, la autonomía implica el *hacer haciendo*; no es contemplación, no es teoría. Se construye cuando la colectividad participa efectivamente en el *hacer haciendo*, es decir, todos y cada uno de los individuos asumen el poder de hacer por sí mismos y junto con otros. La autonomía es una actividad individual y también colectiva que involucra participación, compromiso, vínculo con la praxis en común que se ha emprendido, aceptar las formas de autogestión y autoorganización producto de las decisiones tomadas en común y la ejecución de las mismas por todos y cada uno de los individuos que decidieron participar en la construcción de la autonomía. La creación de la autonomía consiste en el movimiento de actividades humanas donde se da una vinculación estrecha de las necesidades, deseos, afectos, intenciones y voluntad de los participantes; “la libertad, la autonomía, implica necesariamente la participación activa e igualitaria en todo poder social que decide sobre asuntos comunes”.<sup>31</sup>

La vía para la creación, la acción de los sujetos en la posibilidad de invención de apreciaciones teleológicas, de horizontes axiológicos y, por lo tanto, también la posibilidad del sujeto de recrearse a sí mismo, como acontecer en sí mismo en el proceso de significación. Crear significación no supone un

<sup>30</sup> C. Castoriadis, “Autogestión y jerarquía”, pp. 71 y 72.

<sup>31</sup> C. Castoriadis, “Socialismo y sociedad autónoma”, *Escritos políticos*, p. 98.

sujeto dotado de una identidad que, a partir de una acción racional, invoca significaciones instituidas y las conjuga de manera inédita; en el proceso de creación de significación el propio sujeto se crea a sí mismo, se constituye como un sujeto en acto, en plena transformación de su entorno material y de su esfera de vínculos. Se abre así el espacio para un movimiento de creación y autocreación de la subjetividad y por lo tanto la acción autónoma de sentido.<sup>32</sup>

La autonomía es un movimiento activo de los individuos y la colectividad en función de erigir la ciudadanía y la libertad política. “Se trata pues, precisamente, de la autonomía como capacidad de cuestionarse a sí mismo y de cuestionar las instituciones existentes.”<sup>33</sup> Para ello, hay que construir la *paideia* de la autonomía, es decir, “hay que educar al individuo para que sea autónomo [...] hay que darle el hábito de la libertad [...] la autonomía se crea ejerciéndose, uno se vuelve libre cumpliendo actos libres, así como uno se vuelve ser reflexionante reflexionando —y pueden facilitarse las condiciones de esta creación y de este ejercicio—. Es el papel fundamental de la institución”.<sup>34</sup> De esta manera, la autonomía de una sociedad depende de la autonomía de los individuos, puesto que son ellos quienes hacen a la sociedad y la sociedad la que hace a los individuos. “Autónomo significa aquel que se da a sí mismo la ley. Y hablamos aquí de leyes comunes, ‘formales’ e ‘informales’, a saber, de las instituciones. Participar en el poder es participar en el poder instituyente. Es pertenecer, en régimen de igualdad con los demás, a una colectividad que se autoinstituye explícitamente.”<sup>35</sup> Autoinstituirse explícitamente es el *hacer haciendo* ciudadanía y libertad política.

La sociedad instituyente se da en la democracia, pues es justo en este campo histórico-social donde los individuos formulan sus propias leyes,

<sup>32</sup> R. Mier, “Castoriadis, la historia como creación...”, p. 101.

<sup>33</sup> C. Castoriadis, *Sujeto y verdad en el mundo histórico-social. Seminarios 1986-1987. La creación humana I*. Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2004, p. 144.

<sup>34</sup> *Ibidem*, pp. 146 y 147. “Ser autónomo no es ser cualquier cosa o cualquiera; es ser, además, alguien, alguien definido, por lo tanto investir objetos determinados, su identidad, lo que va con esa identidad: una manera particular de hacer ser un mundo para sí, una manera particular de interpretar o de dar sentido a eso que se presenta.” *Ibidem*, p. 197.

<sup>35</sup> C. Castoriadis, “Socialismo y sociedad autónoma”, *Escritos políticos*, p. 99. “En efecto, el término autonomía ha sido empleado desde hace mucho tiempo —y de nuevo por mí desde 1949— para designar en el dominio humano un estado de cosas radicalmente diferente; para decirlo brevemente, el estado en que ‘alguien’ —sujeto singular o colectivo— es explícitamente autor de su propia ley y lo es lúcidamente en la medida de lo posible (no ‘ciegamente’). Esto implica [...] que ese alguien instaura una relación nueva con su ley, lo cual significa, entre otras cosas, que puede modificarla sabiendo lo que hace.” C. Castoriadis, “La lógica de los magmas y la cuestión de la autonomía”, p. 210.

puesto que toda sociedad existe porque hay un conjunto de leyes que la organizan como institución. Estas leyes son fabricadas por los individuos junto con la colectividad. “El momento del nacimiento de la democracia y de la política no es el reino de la ley o del derecho, ni el de los ‘derechos del hombre’, ni siquiera el de la igualdad de los ciudadanos como tal, sino el surgimiento en el hacer efectivo de la colectividad del cuestionamiento de la ley. ¿Qué leyes debemos hacer?”<sup>36</sup>

Los individuos y el colectivo construyen la democracia en el surgimiento de la praxis autónoma, esto es, cada vez que ejecutan acciones, prácticas producto de sus interrogaciones, reflexiones, cuestionamientos, al asumir su compromiso y responsabilidad social, pública; cuando participan efectivamente en la elaboración de las leyes. Un imaginario democrático comienza con la iniciativa de todos y cada uno de los individuos, donde sea la propia colectividad en su ejercicio de ciudadanía la que participe y cree las leyes que rigen su praxis cotidiana. “Esta autonomía [...] trata [...] de interrogarse sobre la ley y sus fundamentos, y de no quedarse fascinada por esta interrogación, sino de *hacer* y de *instituir* (entonces también, de decir). La autonomía es el actuar reflexivo de una razón que se crea en un movimiento sin fin, a la vez individual y social.”<sup>37</sup> La Democracia es la institución imaginaria social que ofrece a todos y cada uno de los individuos el terreno para crear con sus acciones diarias su libertad.

Para Castoriadis, la autonomía individual y colectiva<sup>38</sup> constituye un proyecto histórico-social realizable, porque depende del ejercicio imaginativo de los individuos y la colectividad.<sup>39</sup> Todos y cada uno de los individuos actúan para participar efectivamente en la construcción de las instituciones sociales: la ciudadanía y la libertad política; asumen la responsabilidad de participar en el espacio público, porque se comprende que tal campo es fundamental para el desarrollo individual y colectivo. El proyecto de autonomía individual y colectiva “es el proyecto de una socie-

<sup>36</sup> C. Castoriadis, “Poder, política, autonomía”, pp. 64 y 65.

<sup>37</sup> *Ibidem*, p. 65.

<sup>38</sup> “Diré que una sociedad es autónoma no sólo si sabe que ella hace sus leyes, sino si está en condiciones de volver a ponerlas explícitamente en cuestión. Asimismo, diré que un individuo es autónomo si pudo instaurar otra relación entre su inconsciente, su pasado, las condiciones en las que vive —y el mismo en tanto instancia reflexiva y deliberante—.” C. Castoriadis, “Imaginario político griego y moderno”, *El avance de la insignificancia*, Buenos Aires, Eudeba, 1997, p. 199.

<sup>39</sup> “Lo que yo llamo proyecto revolucionario, el proyecto de autonomía individual y colectiva (ambos son inseparables) no es una utopía, sino un proyecto histórico-social que puede realizarse, nada muestra que sea imposible. Su realización no depende más que de la actividad lúcida de los individuos y de los pueblos, de su comprensión, de su voluntad, de su imaginación.” C. Castoriadis, “El proyecto de autonomía no es una utopía”, *Una sociedad a la deriva. Entrevistas y debates (1974-1997)*, Buenos Aires, Katz, 2006, p. 19.

dad en la cual todos los ciudadanos tienen una igual posibilidad efectiva de participar en la legislación, en el gobierno, en la jurisdicción y en definitiva en la institución de la sociedad”.<sup>40</sup> De esta manera:

Las encrucijadas que atraviesa el término “imaginario” se derivan de la modalidad particular de responder a la génesis de lo social *ex nihilo*. Surge de la necesidad de una comprensión inédita de la historia, de lo social como concurrencia de regímenes de institucionalidad y acción autónoma de los sujetos sociales. Pero alude asimismo, necesariamente, a la génesis de las subjetividades y de la participación de la subjetividad en el engendramiento de un mundo de sentido.<sup>41</sup>

La autonomía requiere la pasión de los individuos y el colectivo por los asuntos comunes, por la esfera pública; exige la actividad de cada individuo para poner en movimiento a la sociedad con el fin de construir instituciones que promuevan la autonomía y la ciudadanía junto con la colectividad. Se trata de fortalecer los lazos de amistad<sup>42</sup> entre el Estado y los ciudadanos por medio de la creación de una institución histórico-social cuyo terreno ofrezca las condiciones para que los individuos ejerzan su imaginación, produzcan imaginario, prácticas ciudadanas y libres.

El gran obstáculo que a todos y cada uno de los individuos toca para ganar su autonomía, su ser ciudadano, es derrotar el conformismo, la apatía, la evasión de asumir su responsabilidad en el campo político. Se trata de un cambio de actitud de todos y cada uno de los individuos respecto de la esfera pública, porque los ciudadanos se crean en la vinculación de lo público y lo privado. En palabras de Castoriadis:

La población no participa de la vida política: no es participar el hecho de votar una vez cada cinco o siete años por una persona que se conoce, sobre problemas que no se conocen y que el sistema hace todo para evitar que se conozcan. Pero para que haya un cambio, para que haya de verdad autogobierno, es preciso cambiar las instituciones, claro está, para que la gente pueda participar en la dirección de los asuntos comunes; pero también es preciso, sobre todo, que cambie la actitud de los individuos hacia las instituciones y hacia la cosa pública, la res publica, eso que los griegos llamaban *tà koiná* (los asuntos comunes).<sup>43</sup>

<sup>40</sup> *Ibidem*, p. 20.

<sup>41</sup> R. Mier, “Castoriadis, la Historia como creación...”, p. 95.

<sup>42</sup> Sobre la amistad y su relación con las distintas formas de gobierno, la comunidad, la justicia, la política, *vid.* Aristóteles, *Ética nicomaquea*, *Ética eudemia* y *La gran ética*.

<sup>43</sup> *Idem*.

## Conclusión

Lo imaginario es el campo sociohistórico. Este terreno es la *vida social efectiva*, es el mundo real donde el sentido y las significaciones son generados por los individuos y el colectivo mediante sus acciones. Las significaciones se presentan en lo real como formas instituidas que son creaciones humanas, y por ser productos del hacer de individuos junto con el colectivo tienen un sentido para éstos. La libertad política y la ciudadanía son dos formas institucionales que elaboran los individuos junto con el colectivo, cuyo sentido es la construcción permanente de la autonomía individual y social y de formas instituyentes que fortalezcan la toma de conciencia y responsabilidad de los individuos y el colectivo de lo público. Se trata que tanto los individuos como el colectivo asuman que la libertad se fabrica en la medida que se realizan acciones efectivas y cotidianas en función de la libertad. La libertad no es un fin determinado o que se plantea de antemano. Es una forma efectiva institucional *por hacer*, un *hacer haciendo*, tarea que corresponde a los individuos junto con el colectivo en la medida que decidan y quieran ser ciudadanos. La ciudadanía también es una forma efectiva de institución que forjan los individuos cuando se atreven a cuestionar su estilo de vida, su existencia; y junto al colectivo, cuando el individuo se da cuenta que el ejercicio de la autonomía consiste en una cooperación activa entre el individuo junto con el colectivo.<sup>44</sup> Por consiguiente, la libertad política y la ciudadanía son formas institucionales que confeccionan los individuos junto con el colectivo en la *vida social efectiva*, con sus acciones. Los individuos y el colectivo se reconocen como ciudadanos en creación permanente de la libertad política para cada vez tener la posibilidad de que la autonomía social se trate de una institución instituyente y no instituida. De esa forma, la libertad política y la ciudadanía son instituciones instituyentes y no instituidas. La razón de ello se encuentra en la creación como un *hacer haciendo* y no como una mera teoría lógico-racional. La ciudadanía y la libertad política son formas institucionales que realizan los individuos junto con el colectivo, concretamente en la sociedad en que viven. Individuos junto con el colectivo, porque el individuo es individuo en la medida que proviene de un proceso de socialización. Apenas el individuo llega al mundo comienza a experimentar los

---

<sup>44</sup> “La autonomía de los seres humanos [...] es inconcebible excepto que se la entienda tanto como autonomía de la sociedad cuanto autonomía de los individuos —ya que ambas están inseparablemente ligadas [...] Establecemos la autonomía en este sentido como el objetivo para cada uno de nosotros como con respecto a todos los otros (sin la autonomía de los otros no hay autonomía colectiva —y fuera de una colectividad tal no puedo ser efectivamente autónomo).” C. Castoriadis, “Individuo, sociedad, racionalidad, historia”, p. 118.

efectos del proceso de socialización. Este proceso es una actividad social, es decir, la constitución del individuo como individualidad es una actividad social: el encuentro con la madre, el padre, la familia, el lenguaje, entre otros. El individuo se encuentra con formas institucionales establecidas que median su proceso de socialización.<sup>45</sup> Sólo su creatividad materializada en acciones efectivas posibilitan la transformación de lo dado, definido, determinado por el *hacer haciendo, por hacer*, por el fluir de formas instituyentes como son la ciudadanía y la libertad política, convirtiéndose a sí misma como humanidad en tanto ésta es la significación y sentido fundamental de las prácticas cotidianas de los individuos y la colectividad. En otras palabras, a los individuos, junto con el colectivo, les corresponden elegir, decidir el sentido que tendrán las formas institucionales instituyentes que construyen. Dependerá de ellos la conformación o no de ser ciudadanos en el *por hacer* de la libertad política.

---

<sup>45</sup> “La socialización de los individuos —en sí misma un proceso socialmente instituido, y en cada caso un proceso diferente— abre a estos individuos, dándoles acceso a un mundo de significaciones sociales imaginarias cuya instauración, así como su increíble coherencia [...] va inimaginablemente más allá de todo lo que ‘uno o muchos individuos’ podría/n nunca producir. Estas significaciones deben su existencia efectiva (sociohistórica) al hecho de que son instituidas.” *Ibidem*, p. 105.